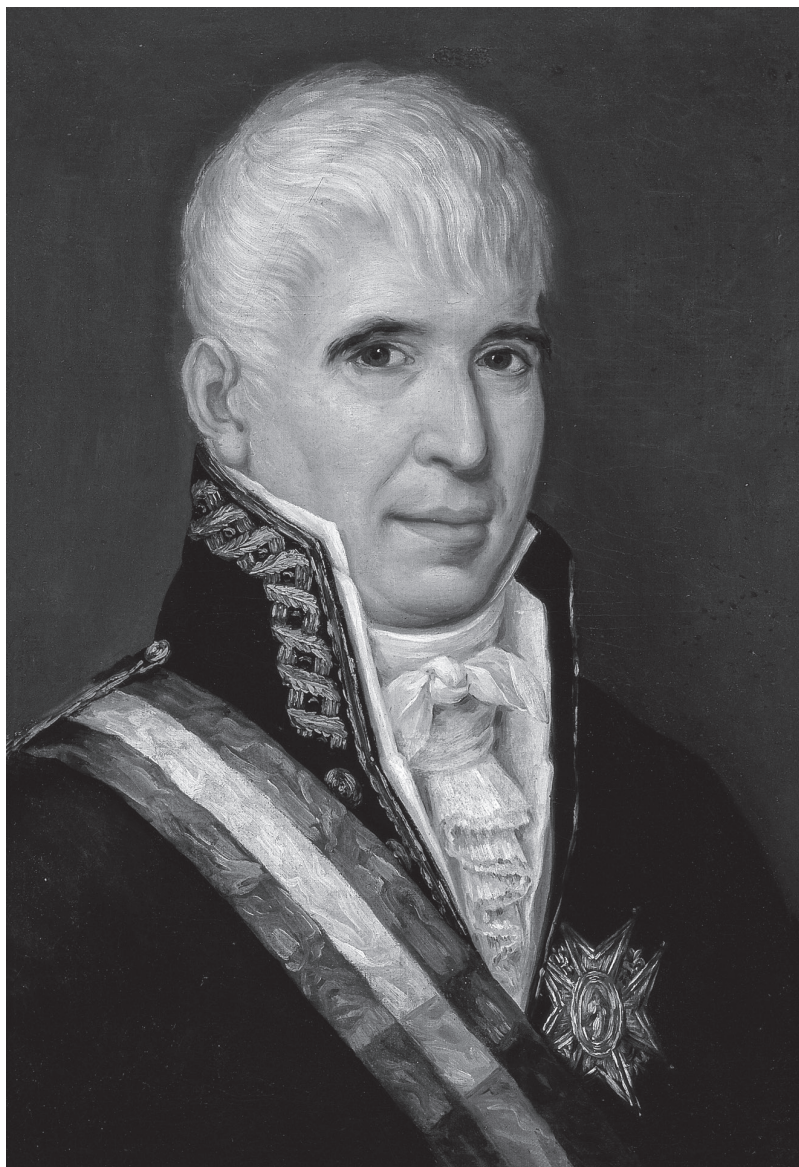


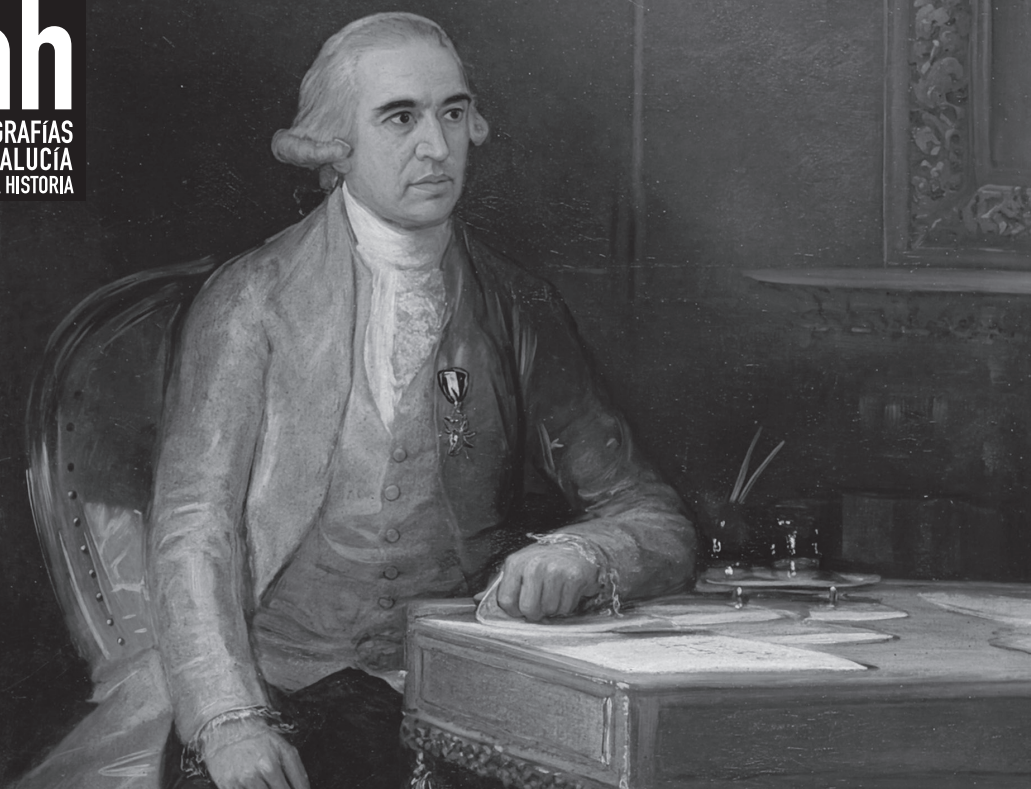


Francisco Saavedra, óleo sobre lienzo, anónimo, hacia 1880. Museo del Prado.

7

ah

BIOGRAFÍAS
ANDALUCÍA
EN LA HISTORIA



PRESIDENTE FRANCISCO DE SAAVEDRA

Primer ministro y regente de España (1746-1819)

Manuel Moreno Alonso

A Junta
de Andalucía

Consejería de Sanidad,
Presidencia y Emergencias

Centro de Estudios
Andaluces

Moreno Alonso, Manuel. 1951-

Presidente Francisco de Saavedra. Primer ministro y regente de España (1746-1819) / Manuel Moreno Alonso. – Sevilla : Fundación Centro de Estudios Andaluces, 2025 (Biografías AH; 7)

876 páginas ; 22,5 cm

ISBN: 978-84-10064-25-6. - ISSN: 3020-9692.

DOI: <https://doi.org/10.54790/fcentrahum.32>

1. Biografía. 2. Historia moderna. 3. Saavedra, Francisco de (1746-1819)-Biografías. 4. Andalucía-Historia

94(460)

Edita:

Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces M. P.,
Consejería de la Sanidad, Presidencia y Emergencias,
Junta de Andalucía

© Del texto: Manuel Moreno Alonso, 2025

© De la edición:

Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces M. P.

Avda. Blas Infante s/n – Coria del Río. 41100 Sevilla

Tel.: 955 055 210 - Fax: 955 055 211

www.centrodeestudiosandaluces.es

Primera edición, diciembre de 2025

ISBN: 978-84-10064-25-6

ISSN: 3020-9692

DL: SE 3644-2025

DOI: <https://doi.org/10.54790/fcentrahum.32>

En recuerdo de dos personas entrañables para mí:
don Antonio Domínguez Ortiz, que fue el primero en
animarme a estudiar la figura y el mundo de Saavedra; y
el P. Moore, S. J., que me dio todo tipo de facilidades para
estudiarlo, poniendo a mi disposición su archivo en Granada.



Francisco Arias de Saavedra y Sangronis, atribuido a Vicente López Portaña, hacia 1803. Colección Marqués del Moscoso

Don Francisco Saavedra, with whom I was afterwards slightly acquainted at Seville, had filled high offices in the colonies and enjoyed at home and abroad great reputation for abilities and integrity. The French always took a particular interest in his fate, though his principles led him to concur in the national resistance to the government which Napoleon endeavoured in 1808 to impose upon Spain.

Lord Holland, *Foreign Reminiscences*, 89-90.

During Saavedra's ministry, his Majesty delighted with the premier's powers of conversation, and his inexhaustible fund of good stories.

Blanco White, *Letters from Spain*, 311.

Sea usted con sus dignos compañeros el salvador de la Patria.

Jovellanos a Saavedra, 3 de febrero de 1810.

Cuando el historiador corta un trozo, mayor o menor, de tiempo y nos lo presenta como *una época*, da a entender que los innumerables acontecimientos de este período tienen una nota común, y que esta nota común es la causa o raíz de todos aquellos acontecimientos, en apariencia tan distintos los unos de los otros.

José Ortega, *La redención de las provincias*, 259.

Seamos historiadores. Lo que quiere decir: no matemos una segunda vez a los muertos. No les arrebateemos lo que es más precioso que su vida material, su vida espiritual —aquello que pensaron, amaron y creyeron—, al sustituir de manera oblicua sus verdaderos pensamientos, sus creencias, sus amores, por aquello que simplemente pensamos nosotros con ayuda de las mismas palabras, lo que creemos cuando pronunciamos las mismas fórmulas, lo que amamos con el mismo impulso

Lucien Febvre, *Amour sacré, amour profane. Autour de l'Heptaméron*, Paris, Gallimard, 1944, 356.

CENTRA

Humanidades

CONSEJO EDITORIAL

Presidente:

Tristán Pertíñez Blasco

Director-Gerente. Fundación

Centro de Estudios Andaluces
(CENTRA)

Director:

Eduardo Ferrer Albelda

Catedrático de Arqueología de
la Universidad de Sevilla.

Editor:

José Antonio Parejo Fernández

Profesor Titular de Historia
Contemporánea de
la Universidad de Sevilla.

Eloísa Bernáldez Sánchez

Jefa del Laboratorio de Paleobiología del Instituto
Andaluz del Patrimonio Histórico (IAPH) de la Junta
de Andalucía.

Francisco Javier Crespo Muñoz

Jefe de la Sección de Reprografía del Archivo General
de Simancas y profesor asociado en el Departamento
de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y
Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Universidad
de Valladolid.

Alberto Egea Fernández-Montesinos

Profesor titular del área de Filología Inglesa de la
Universidad Pablo de Olavide de Sevilla.

Antonio José García Sánchez

Facultativo del Cuerpo Superior de Archivo en el
Archivo General de Andalucía.

Margarita Gómez Gómez

Catedrática de Ciencias y Técnicas Historiográficas en
la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad
de Sevilla.

Magdalena Illán Martín

Catedrática de Historia del Arte de la Universidad de
Sevilla.

Clelia Martínez Maza

Catedrática de Historia Antigua en la Universidad de
Málaga.

Paloma de la Nuez Sánchez Cascado

Profesora de Historia de las Ideas Políticas en la
Universidad Rey Juan Carlos.

Sasha D. Pack

Profesor titular en el Departamento de Historia de la
Universidad del Estado de Nueva York, Buffalo.

Rafael Mauricio Pérez García

Catedrático de Historia Moderna de la Universidad
de Sevilla.

Lola Pons Rodríguez

Catedrática de Historia de la Lengua de la
Universidad de Sevilla.

Oliva Rodríguez Gutiérrez

Catedrática de Arqueología de la Universidad de
Sevilla.

Julius Ruiz

Senior Lecturer en la School of History, Classics and
Archaeology de la Universidad de Edimburgo.

Luis Salas Almela

Profesor titular de Historia Moderna en la
Universidad de Córdoba.

Valeriano Sánchez Ramos

Profesor-tutor en la UNED-Almería y en el IES Bahía
de Almería y miembro del Instituto de Estudios
Almerienses.

Kari Soriano Salkjelsvik

Profesora titular en el Departamento de Lenguas
Extranjeras de la Universidad de Bergen.

Manuel Toscano Méndez

Catedrático de Ética y Filosofía Política en la
Universidad de Málaga.

Roberto Villa García

Catedrático de Historia Política de la Universidad Rey
Juan Carlos.

TABLA DE CONTENIDO



Prólogo	11
1. Descubrimiento de la vida y de <i>las luces</i>	27
2. La seducción de las armas	55
3. A las órdenes de O'Reilly	81
4. El fracaso de la Expedición a Argel.....	103
5. Bajo la protección del ministro José de Gálvez	117
6. En el Ministerio de Indias	139
7. Enviado a América en misión especial.....	161
8. Preso en Jamaica.....	173
9. Nuestro hombre en La Habana.....	183
10. La conquista de Pensacola	195
11. La contribución de Saavedra a la independencia de los Estados Unidos	205
12. Comisionado a México.....	227

13. De La Habana a París en 1782	249
14. Regreso a la Corte.....	265
15. Vuelta a América.....	283
16. Intendente de Caracas.....	297
17. Consejero de Guerra	323
18. Ministro de Hacienda y de Estado de Carlos IV.....	365
19. Retiro en Andalucía	421
20. Presidente de la Junta Suprema de Sevilla	453
21. Ministro de Hacienda y de Estado de la Junta Central.....	503
22. Regente.....	579
23. De nuevo en Sevilla.....	665
24. El final.....	697
Epílogo.....	707
Fuentes y bibliografía	713
Cronología de Francisco de Saavedra	727
Abreviaturas	739
Referencias	741
Índice de nombres y lugares.....	841
Índice	855

PRÓLOGO



Por razones de miseria del conocimiento histórico, Francisco de Saavedra (1746-1819) es un gran desconocido, como tantos otros personajes importantes de nuestra historia. En la actualidad, su nombre apenas nos dice nada a pesar de haber sido ministro de Hacienda y Estado con Carlos IV. Si bien, su mayor significación política la alcanzó durante la guerra de la Independencia como presidente de la Junta Suprema de Sevilla y, después, como el principal inductor para la formación de la Junta Central de la que, en contra de su voluntad, fue nombrado ministro de Hacienda y de Estado. Además, fue el único de sus miembros autorizado para asistir a todas las deliberaciones de su Junta Ejecutiva «por sus vastos conocimientos en los ramos de Hacienda y Guerra» (Jovellanos, *O. C.*, XI, 128).

Finalmente, en las circunstancias más dramáticas de la historia de España, en la noche del 31 de enero de 1810, fue elegido regente de España en la Isla de León, sencillamente «por la íntima convicción y experiencia que teníamos todos así de sus vastos conocimientos políticos, económicos y militares, como de su inalterable probidad y amor público», según el decir de Jovellanos. En aquella hora tan desesperada, este lo proclamó como «el salvador de la Patria».

Llegar a ser ministro de Estado significaba haber alcanzado el grado máximo de autoridad en la administración, equivalente a lo que hoy es el presidente del gobierno (expresión esta que se utiliza por vez primera con sentido actual en el reinado de José Bonaparte, cuando este designó a Miguel José de Azanza con dicho apelativo en su

ausencia). Como es bien sabido, en España no existe el cargo de «primer ministro», denominación que carece de contenido jurídico preciso. Si lo utilizamos para dar título al presente libro, lo hacemos porque la expresión, que alude a la condición de ministro principal, la utiliza en su literalidad Godoy y la aplica a nuestro personaje, cuando dice, por ejemplo, que «Saavedra fue exonerado de su plaza de primer ministro» (*Memorias*, 642). Lord Holland, al referirse a los antecesores de este último en el gobierno de Carlos IV, utiliza la expresión de «Prime Minister»; y en alguna ocasión la de «Premier». En sus *Cartas de España*, Blanco White llama a Saavedra «primer ministro» («First Minister», en la segunda edición inglesa de sus *Letters from Spain*, p. 305), y también *Premier* (p. 311). Desde luego, como la denominación de «primer ministro» es cosa de los ingleses, hasta el propio Saavedra se presentará ante el ministro del *Foreign Office*, Canning, el 25 de septiembre de 1808, como «ex primer ministro de la nación» (AGS, *Estado*, libro 590, f. 60). De todas maneras, para ser más exactos, en vez de ministro o ministerio, habría que decir secretario o Secretaría del Despacho de Estado. Una significación esta que, por otra parte, dice muy poco al público actual. Entiéndase en este sentido el uso excepcional del término al utilizarlo como título del libro.

Entre los ministros españoles que detentaron la cima del poder, desde Ensenada o Grimaldi hasta Floridablanca, el conde de Aranda o Godoy, Francisco Saavedra distó mucho de ser un aventurero o un intrigante favorecido por la fortuna. De joven a lo que aspiraba era a ser nombrado sargento mayor de las Milicias Granadinas. Hombre de natural sencillo y humilde, siempre atribuyó su ascenso hasta la cumbre a la «suerte o muy bien la Providencia, que, llevándome por sendas extraordinarias, nunca me ha concedido lo que procedía y después mucho más de lo que deseaba, y aún de lo que merecía». Fue nombrado ministro de Hacienda y, después, de Estado, sin buscarlo. De la misma manera que fue elegido presidente de la Junta Suprema de Sevilla y, luego, ministro de Hacienda y de Estado de la Junta Central sin quererlo. Después, esta lo eligió regente por unanimidad, contraviniendo un acuerdo según el cual ninguno de sus miembros podía ser miembro de una regencia.

Como regente, desempeñó un papel fundamental en la defensa de Cádiz frente a los ataques del mariscal Víctor, en lo que fue el asedio más grande hasta el de Leningrado en la Segunda Guerra Mundial. Él fue el principal artífice de la resistencia que hizo posible que las Cortes pudieran reunirse en la única ciudad invicta ante la invasión napoleónica. Agustín de Argüelles, que lo trató entonces, llegó a escribir que Saavedra era «uno de los más celebrados hombres de Estado de su

tiempo». Después de ser nombrado regente en contra de su voluntad en 1810, hasta fue propuesto como diputado de las Cortes gaditanas, a lo que se opuso de forma frontal. Que entonces fue cuando se retiró del mundo de la política, trasladándose a Ceuta. Fue la única personalidad de primer nivel de la política española que no fue víctima de esta en una crisis tan desgarradora como la que supuso la guerra de la Independencia. Hasta el punto de volver a ser respetado por todos cuando esta terminó, y pasó a ser paño de lágrimas de liberales y afrancesados.

Aquel hombre benemérito siempre atribuyó los «felices resultados de su carrera pública» a haberse entregado siempre «en los mayores apuros» en los brazos de la Providencia y «en los esfuerzos de los compañeros», como él mismo gustaba decir. Firmemente cree que el azar no hace nada que no esté preparado de antemano. A diferencia de muchos de sus amigos, no sufrió el resquemor de la envidia que minaba a tantos de ellos. Vio caer los imperios, y luego asistió a las escenas más terribles y sangrientas sin desesperarse ni dejarse arrollar por ellas. De la noche a la mañana, sin proponérselo ni soñarlo, se vio hasta convertido en presidente elegido por el pueblo.

Todo ello le dio un aura de acatamiento y veneración difícil de encontrar en una época tan convulsa como aquella. Lord Holland, que lo había conocido personalmente en Sevilla en 1803, dijo de él que era un hombre que gozaba «tanto en España como en el extranjero de gran reputación por su competencia e integridad». Y cuando volvió a encontrarlo en la misma ciudad cinco años después como ministro de la Junta Central, muy ocupado con las actividades, ceremonias y dirección del nuevo gobierno, se quedó impresionado de algunos de sus componentes, «exministros y magistrados de gran probidad, visión política ilustrada y distinguidos talentos», entre los que destacaba «el venerable Saavedra». Él mismo decía a sus amigos que se dedicaban a la política que: «No basta ser íntegro, es menester también ser sociable, y hacerse cargo que no vivimos en la República de Platón sino en un valle de miseria donde el menos defectuoso necesita de mucha indulgencia» (ACGFS, Códice 17, Saavedra a N..., Madrid, 24 de marzo de 1796).

Cualquiera que se interese por la España de aquella época se sorprenderá al constatar que, durante aquel periodo clave de nuestra historia, se reveló como, acaso, la personalidad más destacada de la guerra por la parte patriótica. Este fue don Francisco Saavedra, sin duda alguna el personaje más importante desde el punto de vista de sus responsabilidades políticas que dio Sevilla en el siglo que fue llamado «ilustrado». Particularmente, sobre todo, en el tránsito agónico de la época del absolutismo a la revolución, que precipitaron los acontecimientos de 1808. El personaje, además, mostró en todo momento un interés

inusual por todo lo correspondiente a su patria chica, que a veces hasta sorprende.

El historiador Luis Navarro, que se ha interesado por su gran sensibilidad para con el futuro fidelista de América en el más difícil trance de la historia de España, ha señalado que Saavedra es «una gloria de Sevilla. Una gloria que Sevilla, sin embargo, ha olvidado». En su tiempo, en cambio, su ciudad natal, lo siguió y admiró como a su hombre más importante y encumbrado de todo el siglo, tras un proceso que de forma tan sorprendente y excepcional dio sus frutos en los momentos en que la ciudad terminó convirtiéndose por la fuerza de las circunstancias en capital de la nueva nación en guerra.

Luego está la parte anterior de su biografía, la de su infancia y juventud, la de su aprendizaje en el campo de las letras, de las armas y de la política que asombrará igualmente al lector. Lo mismo que su actividad en el Ministerio de Indias bajo la férula del ministro José de Gálvez o su misión reservada en América y su participación en la guerra de Independencia de los Estados Unidos, tan desconocida como importante. Fue presentado al rey de Francia en Versalles por el conde de Aranda, embajador en París. En la capital francesa asistió a la Ópera con su viejo amigo don Pablo de Olavide, que se presentaba con el seudónimo de conde de Pilos (a quien, siendo ministro, años después, consiguió traer a España tras allanar las dificultades pendientes con la Inquisición). Todo lo cual, gracias a su grafomanía, documentará día a día, mostrándonos la sorprendente aventura de su vida. Lo que él llamará su «vida romancesca» en una carta a la condesa de Montijo. Algo excepcional en la vida de los ministros de Estado que le precedieron, de cuyas biografías como políticos tantas cosas desconocemos, particularmente las referidas a su juventud o al aprendizaje de la política.

Ningún ministro de España durante el Antiguo Régimen y acaso tampoco durante muchos años en la época siguiente, ha contribuido a aclarar su biografía y su ascenso en el poder con el rigor y la minuciosidad de Saavedra, quien, gracias a sus papeles autobiográficos, contribuye como ninguno otro a esclarecer la política de su tiempo desde su propio mundo. La complejidad de todo este entramado para la primera parte de su vida, en el que se mezcla la propia percepción personal con la realidad social o política de su entorno, nos la ofrece de una manera precisa en sus *Decenios*. Que este fue el título que dio para la primera mitad de su vida a sus inéditas memorias, expuestas por periodos individuales de diez años y, naturalmente, por admiración a su historiador romano favorito, Tito Livio, autor de las famosas *Décadas* (que habrían de ser comentadas por Maquiavelo en un libro que, en la propia época de Saavedra, fue más perseguido por la Inquisición que ninguna de las

obras de los *philosophes* más peligrosos). Se trata de un relato prodigioso, por desgracia incompleto, cargado de observaciones y novedades, que a veces se hace novelesco, y que he querido tomar como base de mi reconstrucción biográfica del personaje y de su época como hizo el historiador florentino con las *Décadas* del romano.

Tiene asumido desde su juventud que el mejor empleo que puede hacer de su ocio –*otium cum dignitate*– es el de reconstruir los hechos, describir a los hombres que en ellos participaron ante sus ojos y grabar en su memoria tamaña experiencia de la que ha formado parte. Con riesgo de perder el hilo, observa y analiza los acontecimientos que han formado parte de su vida (incidentes sencillos, pequeñas ideas, humildes pasiones o enfoques personales) para que no desaparezcan de la memoria, a diferencia de los hombres públicos de su época que se agotaban en sí mismos. Ha vivido con escritores y hombres de letras, que han escrito la historia sin mezclarse en los asuntos, y con políticos que nunca se han preocupado de describirlos.

Con rara unanimidad, los contemporáneos coincidieron en la valoración de sus cualidades personales. «Sus virtudes no eran inferiores a sus grandes conocimientos», escribió uno de los cronistas de la ciudad. Mientras el más importante de todos ellos, Manuel Gómez Imaz, habló de «sus grandes dotes de estadista». El ilustrado radical León de Arroyal, que en sus famosas *Cartas político-económicas al conde de Lerena* arremetió contra Floridablanca diciendo «que entendía tanto de economía como de castrar ratones», confesaba, por el contrario, que «por este tiempo había contraído amistad con don Francisco de Saavedra, consejero de Guerra, hombre de los de más talento y prudencia que he tenido la dicha de tratar». Hasta Godoy escribió en sus *Memorias* que Saavedra «gozaba de una grande y general reputación». Juzgándolo desde un punto de vista militar, el marqués de las Amarillas, que tan importante papel jugó en la guerra napoleónica, dijo de él que era «hombre de un mérito poco común, de razón privilegiada, de claras luces y profundo saber».

En la tardía fecha de 1822, cuando hacía ya tres años que había muerto, un analista tan fino como José María Blanco White, siempre tan crítico, hizo del personaje un retrato muy revelador en sus famosas *Letters from Spain*, que tanto éxito alcanzaron en Inglaterra, diciendo que era un hombre «de gran sagacidad natural, aguzada por la lectura y observación de la vida real». Su amigo Jovellanos, en su famosa *Memoria en defensa de la Junta Central*, dijo que fue un hombre «generalmente venerado en la nación por su alta probidad, por su heroico desinterés, por sus profundos conocimientos y por los ilustres y recientes servicios que había hecho a la patria en su mayor aflicción». De

aquel gobierno del que formaron parte ambos amigos, escribió el historiador norteamericano Richard Herr que el destino del país no había estado en manos de «tal pléyade de hombre ilustrados» desde tiempos de Carlos III.

Una década más tarde después de su muerte, sin embargo, su recuerdo parecía haberse esfumado. No parecía cumplirse, como rezaba su epitafio, que «su memoria durará mientras los hombres conozcan la gratitud». Desde Madrid, el 14 de agosto de 1827, el afrancesado Sebastián de Miñano escribió al magistrado Bruno de Vallarino –uno de los padres del primer Código de Comercio español– para pedirle «algunas noticias, si las tiene, del benemérito don Francisco de Saavedra: en qué año nació, qué empleos obtuvo y cuándo murió» (AGA, 5922⁶⁴). En las generaciones siguientes su recuerdo se fue perdiendo progresivamente hasta casi desaparecer. En su ciudad natal no hay ninguna calle que recuerde su nombre. Había protagonizado acaecimientos de tal magnitud que ni siquiera la memoria parecía capaz de retenerlos.

Una reflexión de Ortega y Gasset quizás nos ayude a entender la razón de tan profunda desmemoria:

“ Este fácil olvido del ayer no puede atribuirse meramente a la falta de memoria. Procede de una falta de inteligencia política habitual en nuestra raza. Se olvida el suceso de ayer porque no se le entendió bien. Esta serie de conflictos que hemos atravesado no se presenta ante la conciencia pública como una serie; esto es, como un conjunto orgánico de síntomas diversos en que se manifiesta una profunda e idéntica causa.

A la que habría que añadir otra, de Jonathan Swift, el autor de *Los viajes de Gulliver*, para quien, «cuando aparece un auténtico genio, lo reconoceréis por una señal infalible: todos los necios se conjuran contra él». Madrastra para sus mejores hijos, Sevilla sigue ignorando que Francisco Saavedra es el personaje de mayor talla política que ha engendrado desde el conde-duque de Olivares, aunque, a diferencia de este, sacrificara su vida a una voluntad de cordura y racionalidad que adquirieron tonos épicos. Siempre estuvo dispuesto a darles la razón a los hechos («las modestas verdades de los hechos»), los hechos que acabarán por darle la razón a él.

¿Qué retrato podemos hacer de él? A la vista de la imagen que plasmó Goya en su pintura de 1798, conservada hoy en el Courtauld Institute of Arts de Londres, cuando había sobrepasado los cincuenta

años, era un hombre de elevada estatura y bien proporcionado. A quien podríamos aplicar no pocos de los rasgos físicos y cualidades que Juan Agustín Ceán Bermúdez, primer biógrafo de Jovellanos y amigo de ambos, aplicó a este, a quien también retrató Goya en el mismo año de 1798, cuando los dos amigos fueron nombrados ministros de Carlos IV. Es decir, un hombre

“ De estatura proporcionada, más alto que bajo, cuerpo airoso, blanco y rojo, ojos vivos, piernas y brazos bien hechos, pies y manos como de danza, y pisaba firme y decorosamente por naturaleza, aunque algunos creían que por afectación. Era limpio y aseado en el vestir, sobrio en el comer y beber, atento y comedido en el tratamiento familiar, al que arrastraba con voz agradable y bien modulada, y con una elegante persuasiva todas las personas de ambos sexos que le procuraban; y si alguna vez se distinguía con el bello, era con las de lustre, talento y educación, pero jamás con las necias y de mala conducta. Sobre todo, era generoso, magnífico y aun pródigo en sus cortas facultades: religioso sin preocupación, ingenuo y sencillo, amante de la verdad, del orden y de la justicia; firme en sus resoluciones, pero siempre suave y benigno con los desvalidos; constante en la amistad, agradecido a sus bienhechores, incansable en el estudio y duro y fuerte para el trabajo.

Desde luego, comparando los dos retratos de 1798, se advierte en ambos un cierto parecido (nada que ver con el que Goya le hizo de cuerpo entero a Jovellanos en 1783). Saavedra era más alto y, a diferencia, de su amigo, carecía de toda afectación que en el caso de este reconoce implícitamente su biógrafo, y que admiten otros que le conocieron como Moratín. Destacaba Saavedra por su elevada estatura y esbeltez, con cejas pobladas y ojos oscuros y penetrantes. También le diferenciaba el seseo, que se aprecia en sus escritos, que delataba su origen sevillano (*sosobra* por *zozobra*, por ejemplo). También le diferenciaba la sencillez, mucho mayor y auténtica que la del jurista que, cuando llegó a Sevilla antes de cumplir los veinticinco años, rebosaba de petulancia y no poca cursilería, como se advierte en sus primeros versos y especialmente en los nombres poéticos femeninos: *Clori*, *Belisa*, *Enarda* o *Alcmena*.

Era un hombre claramente varonil. En este sentido el diplomático García León y Pizarro, que conoció a ambos y que hablaba mal de todo

el mundo, escribió que «el señor Saavedra era todo blandura y cariño en la expresión; su opinión se indicaba más bien porque no se manifestaba; su estatura era alta, muy moreno, pelo crespo y facciones muy varoniles y marcadas». Razón por la cual, según nos dice, Godoy y la reina María Luisa de Parma le llamaban «el Gitano», aunque el apelativo también pudiera contener el significado de hombre negociador, más directo en el trato con todo tipo de personas, mucho más sencillo y menos formalista; resultaba mejor comunicador, más ingenioso y con mayores dosis de eso que llamamos simpatía. Con el tiempo el pelo se le puso totalmente blanco, que fue entonces cuando lo conoció lady Holland, a quien le pareció aparentar menos edad de la que tenía y no haber perdido su atractivo. Por su carácter animado y sus dotes de mando, le recordaba al último lord Lansdown.

Era, efectivamente, un hombre de acción, sin dejar de serlo de pensamiento, en el que no se refleja la tristeza, la soledad o la amargura. El razonamiento, la visión de conjunto, conformaban su espíritu ordenado y disciplinado. Su cabeza era tan lúcida y estaba tan bien amueblada y entrenada que, una vez que una cuestión se debatía a fondo, se imponía con el acuerdo de todos. Rehuía la confrontación y el ordeno y mando y, a pesar de su origen andaluz, pensaba y actuaba fríamente. Pizarro, que critica su indulgencia y parsimonia, señala que «el Sr. Saavedra fue toda su vida sumamente activo y laborioso, que siempre se levantaba antes del alba, y llevaba un diario exactísimo de cuanto sucedía y pensaba». La abulia, que tan presente está en Jovellanos, no tiene lugar en él. Dotado también de gran sensibilidad, su interés por la naturaleza y por el paisaje se halla exento del lirismo, tantas veces excesivo, de muchos de sus contemporáneos a pesar de sus dotes para la poesía. Que tal vez por ello, en sus múltiples viajes, prescinde de tópicos sobre el acre olor de los caballos sudados, el alegre tintineo de sus cascabeles o el chasquido del látigo a la entrada de los pueblos. Porque es mucho e importante lo que tiene que anotar, y bien escaso el tiempo para ello. Pues, para empezar, su geografía bélica, por ejemplo, es impresionante.

Poseedor de un fino sentido del humor, muy propio de su tierra de origen, cuando fue comisionado a México para entrevistarse con el virrey, él mismo contará que un marino francés que le acompañaba exclamó, tras desembarcar en Veracruz: «¡qué gusto me da no tener que ver a ningún francés!». Con la sorpresa para ambos de que los franceses pululaban por todos sitios en el virreinato. Aunque el tiempo ha diezmado lo que debió ser una copiosa correspondencia, en una carta que se ha conservado dice, con el mismo sentido del humor, que «me sucede con la correspondencia epistolar lo que, a los muchachos con la merienda, que siempre guardan para el postre el mejor bocado».

Tenía un extraño poder de seducción tanto en el trato personal como en la capacidad de convencer al público, incluso cuando este aparece, ahora por vez primera en la historia, como masa airada, a lo que contribuía su dominio de la oratoria, de cuyo aprendizaje nos habla en sus años de juventud. Se demostró cuando tras su elección como presidente de la Junta Suprema, ante el desconcierto y actitud amenazante de la masa, bastaron unas palabras suyas para disolver el movimiento de protesta y que el pueblo se retirara de inmediato. O cuando, tras el éxito de Bailén, una palabra suya desde el balcón del ayuntamiento bastó para que la multitud airada contra los militares prisioneros declinara y la manifestación se disolviera. Apoderarse de la masa y llevarla al punto preciso donde se la quiere conducir revela la rara condición de un líder con carisma. Tiene coraje intelectual y un don especial para la palabra. Su talento queda fuera de duda, lo mismo que su asombrosa fecundidad con que alimentaba la actividad de los que se agrupaban alrededor de él. Su horizonte tampoco estaba limitado a las fronteras de un Estado.

Todos los testimonios que tenemos coinciden en que se hallaba dotado de un carácter bondadoso y llano, que le llevaba a minorizar los agravios que se le hacían, atrayéndose el respetuoso aprecio de cuantos le trataban. Lo veremos en sus relaciones con el conde O'Reilly, que tan bien lo retratan. Tal vez por ello Pizarro decía que «tenía Saavedra un temple naturalmente indulgente, flojo y benigno», sin explicar que quienes lo elegían en los momentos más difíciles no esperaban una efusión, sino la promesa viril de un esfuerzo y el don de una energía. Por otra parte, los tiempos habían cambiado, y el despotismo de hombres como José de Gálvez, el conde de Aranda o el mismo O'Reilly –todos ellos tan relacionados con él– difícilmente podía resultar viable. Se había pasado a otra época. Lleno de modestia, renunció sin desaire a cuantas distinciones pensaron dispensarle los reyes en distintas ocasiones. Entre las mujeres gozó de estimación desde que era joven, y fue, según se desprende de lo que nos cuenta, bastante mujeriego. Siempre estuvo muy cercano al personal femenino. Era un seductor nato que dejaba encantado a todos cuantos lo trataban.

Según declararon sus hijas a su muerte, admitió la gran cruz de la Orden española de Carlos III, tras rehusarla en dos ocasiones por pura moderación. Según uno de sus testimonios, habiéndose encontrado en su papelera una llave de gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, ignorando su familia su procedencia, uno de sus más queridos discípulos declaró «que por casualidad la había visto, y a fuerza de instancias, pudo saber de su boca, que el Sr. D. Carlos IV le había agraciado con aquel honor, que él la había admitido con condición de no usarla».

Al morir, las cualidades suyas que más se ensalzaron fueron, tanto como su aguda inteligencia, la honradez, la humildad y su preocupación por el decoro. En alguna de las cartas a sus amigos, insiste en que «la consecuencia es una de las partes de la honradez». Desinteresado hasta el extremo, murió pobre «a pesar de las ocasiones que había tenido para enriquecerse, pero murió llorado de los buenos, sentido vivamente de los amantes de la patria, y dejando una memoria ilustre que formará el patrimonio más honroso y apreciable de su familia, sucesora de su nombre y también de sus preciosas cualidades» (AGA, 5983⁶⁴).

*

Sobre el método de escritura que he seguido en la redacción del presente libro, me he inclinado por un tipo de historia detallada, que nos haga conocer paisajes, hombres, cosas o ideas diferentes; que no nos lleve a conclusiones sabidas. Que ya, en su tiempo, Alcalá Galiano habló de aquellos «narradores infieles, porque callan menudencias» (*Recuerdos de un anciano*, I, 61). En *El Espectador*, Ortega alabó *ad infinitum* a Azorín por haber encontrado de lance un libro, publicado en 1791, de un autor desconocido en la historia literaria, que era cura párroco de Arévalo. Y con tan pocos elementos, la magia del autor, sin investigación alguna, conseguía darnos la biografía de un «hombre delicado, fino, inteligente, sensual –sensual como Montaigne–», que atraviesa *desconocido* la vida española, tan «ingrata, áspera, elemental y bárbara». Para terminar, diciendo que «no creía encontrar aquí, en la aldea, un hombre tan culto y tan delicado». Decir esto, para un historiador, es como si no se hubiera dicho *nada*. Pues, como gustaba decir Lucien Febvre, «pretender encaramarse en la cumbre de un salto, tomar en ella una posición de vanguardia y luego partir de nuevo de otro salto, saliendo...», eso no pasa entre los historiadores». En el fondo, implica un gran desdén por la historia.

A mi parecer, esa forma de reconstruir la historia nos sirve aún menos cuando tratamos de investigar la vida y el mundo de un hombre desconocido pero importante, muy importante en este caso, del que solo sabemos los rasgos generales. De la misma manera que, a estos efectos, tampoco nos sirven las más de las biografías con pretensiones de alta divulgación que privilegian lo general sobre lo concreto. Lo cual implica, en la manera que hemos llevado a cabo nuestra investigación, grandes limitaciones, al subordinar la brillantez literaria a la modestia de lo prosaico y al espectáculo de la investigación. Ciertamente una biografía no puede agotar todos los aspectos de un individuo ni menos conocerlo en todas sus dimensiones, pero sí podemos reconstruirlo,

suponerlo, adivinarlo e incluso vivirlo. La tarea, en este sentido, no ha sido fácil. Desde luego, no le faltaba razón a Lytton Strachey, biógrafo de la reina Victoria, al señalar que «probablemente sea tan difícil el escribir una buena vida (en el sentido de biografía) como lo es vivirla».

Muchos son los años que hace que me intereso por Francisco Saavedra. En la ya lejana fecha de 1992 publiqué un libro sobre él con el título de *Memorias inéditas de un ministro ilustrado* (Sevilla, Rodríguez Castillejo), en el que resumí, en primera persona, la enorme cantidad de páginas autobiográficas, como tales impublicables, que escribió a lo largo de su vida, que tal es la suma de noticias, recuerdos, apuntes y observaciones personales que acompañan sus escritos. En ellas hice un extracto fiel de las mismas, aunque puesto en orden para su mejor comprensión y demasiado breve. La enumeración de los capítulos en sucesivos *cuadernos* se debía solamente al hecho de que los extractos, ordenados cronológicamente, con la agrupación de unos y otros apuntes, fueron transcritos tal cual (aunque resumiéndolos por la razón indicada) en cuadernillos escolares. El libro lo escribí con el consejo del editor de que fuera una introducción al conocimiento del personaje y de su mundo, al que seguiría después una biografía amplia y contrastada, realizada con rigor.

Pero desde entonces hasta ahora, siendo uno de mis personajes favoritos —que abarca el periodo cronológico y temático al que he dedicado todas mis investigaciones— lo único que he hecho es recoger, siempre con asombro, materiales muy variados, documentos y noticias inconexas a cuál más interesante, pero sin decidirme a acometer la biografía prometida que tanto me apetecía escribir. Tal vez porque presentía las dificultades que ello implicaba, empezando por el hecho de que describir lo que se ve es una cosa, pero ver lo que se debe describir es otra. Intuía que podía embarrancar en escollos escondidos o naufragar entre los rápidos. También, en atención al volumen y a la riqueza de la documentación acumulada a lo largo de tantos años, la verdad es que he sentido pavor, y he ido dejando pasar el tiempo hasta, por fin, decidirme a ponerle el cascabel al gato. La tarea ha sido ardua, pero creo que, al final, el inmenso trabajo realizado ha valido la pena porque me ha servido para conocer y comprender mejor un tiempo de nuestra historia que, a la vista del resultado, es tan importante como insospechado.

En mi larga carrera de historiador, de ningún personaje por los que me he interesado he aprendido, en verdad, tanto. Pues pocos protagonistas destacados de nuestra historia han acumulado una sabiduría y experiencia tan vasta como el inédito Francisco Saavedra, aficionado a leer cuanto caía en sus manos, y viajero por España, por Europa y el Nuevo Mundo. Hombre de grandísima curiosidad, nada le dejaba

indiferente, y todo eso que él vivió y conoció –desde las tierras del Guadalquivir hasta los Estados Unidos, el Caribe, México o Venezuela– queda pormenorizado en sus cuantiosos apuntes. Buen conocedor de los entresijos de la política y de los hombres que la servían, de sus observaciones se desprende un cuadro extraordinario, de interés difícilmente comparable. Ningún ministro español del Antiguo Régimen –de ello da idea el catálogo de su biblioteca, y los *Pensamientos y expresiones notables* sacados por él de los más diversos autores– ofrece una altura intelectual similar si se exceptúa el caso de su amigo Jovellanos, al que, por otro lado, supera con mucho en experiencia política y como hombre de acción. De habérselo propuesto, por sus enormes saber y experiencia, hasta hubiera podido escribir, dada su afición a fijar por escrito sus recuerdos, unas *Memorias secretísimas*, emulando sin punto de comparación las que se atribuyen con este título al marqués de Pombal, de quien, personalmente, desconfiaba en alto grado.

Precisamente, es este cúmulo de saberes y experiencias, recogidos en sus escritos de forma autobiográfica, el que hace singular su biografía, al estar llenas de noticias desconocidas, que tanto iluminan la historia de su tiempo, lo mismo cuando habla de personas que de sucesos vívidos o comentados por él. No creo que exagerara José María Blanco White al decir de él que, siendo ministro, hasta los reyes, en los Consejos, se extasiaban oyendo sus comentarios o el infinito repertorio de su anecdotario que, ayudado por una memoria prodigiosa, le permitían hablar de los más variados temas, desde sus aventuras en el mar, las tribus indias que había visto por vez primera en Norteamérica o el trato de las personas que había conocido, hasta las más variadas observaciones sobre la política, los asuntos militares o las cuestiones económicas y hacendísticas en que fue un gran experto. De todo lo cual hay un amplio reflejo en sus escritos, redactados con sencillez y un rigor y precisión portentosa.

Muchas son las personas, a lo largo de todos estos años, a las que debo mucho en relación con mi interés por la figura de Saavedra. En primer lugar, tengo que citar a don Antonio Domínguez Ortiz, que fue el primero que me habló del interés excepcional del personaje, aunque no fuera conocido de los historiadores. No siendo experto en este período de nuestra historia, me sorprendió por sus amplios conocimientos, que tenían mucho de viva intuición, sobre el hombre y su mundo, que hoy atribuyo a que, en su infancia sevillana, todavía quedaban a don Antonio algunos recuerdos de cuál había sido su importancia. Fue él quien me puso en contacto con el archivo de la Cartuja de Granada, a tan corta distancia de donde vivía, y me recomendó vivamente al padre don Eduardo Moore, S. J., guardián del Fondo Saavedra. Sevillano

de pura cepa, aunque nacido en Nueva York, en las largas jornadas de trabajo, en muchos casos fines de semana, en la pequeña sala de lectura del archivo, hasta me traía sándwiches de jamón de Trevélez, disculpándose de que en Granada era lo que había. A veces nos acompañaba el padre Delgado, S. J., a quien le dediqué las *Memorias de un ministro ilustrado*, al morir poco después. Ambos me fotocopiaron la mitad del archivo que tengo en casa, al lado de la mesa en que escribo.

En Sevilla me facilitó algunos materiales Francisco Morales Padrón, catedrático de Historia de América, que estaba interesado por los diarios y escritos americanos de Saavedra. Mucho me hubiera gustado hacer una edición crítica de sus *Decenios*, pero me dijo que estaba preparando la edición sobre el original, que tenía en su despacho y que me enseñó. Después de don Antonio Domínguez, a nadie debo más que a Luis Navarro, también catedrático de Historia de América en Sevilla, que, desde entonces hasta ahora me ha animado continuamente a no dejar de escribir la biografía con una insistencia persistente. A él debo, por otra parte, mi interés por la historia de América, que tanto me ha servido para escribir un libro sobre un amigo entrañable de Saavedra, que después se convirtió en adversario al seguir la causa afrancesada: *Las «grandes vicisitudes» del caballero Azanza. De virrey de México a ministro de José Bonaparte* (Madrid, Sílex, 2023), que también le debe mucho. Pues cuando aún no había terminado de escribir este, cada vez que nos veíamos me decía: «¿Y Saavedra?» Dados sus vastos conocimientos sobre la historia de América, también es mucho lo que le debe el presente libro, sobre el que tanto hemos hablado durante tantos años.

En 2014, al pedirle un epílogo para mi libro sobre *El clero afrancesado en España. Los obispos, curas y frailes de José Bonaparte* (Biblioteca Nueva), hablé ampliamente con Miguel Artola sobre Saavedra. Se sorprendió de que se conservara en Granada su archivo, y me animó a que no lo dejara, porque el personaje, olvidado de la mano de Dios, podía desvelar grandes secretos no solo sobre el reinado de Carlos IV, sino sobre la guerra de la Independencia, que él sentía no haber podido investigar, aun interesándole tanto las cuestiones hacendísticas. Estuvo de acuerdo conmigo en mi tesis de su envenenamiento, que no debería dejar de afrontar, aunque fuera un tema «tabú», y se divirtió diciéndome cuál sería la reacción de Carlos Seco.

Esto me hace recordar que, siendo joven profesor en la universidad, cuando ya me interesaba por Saavedra, comenté en más de una ocasión con José Luis Comellas, catedrático de Historia Contemporánea, que la causa de los males de aquel estaban, claramente, en los nefastos líos amorosos de la reina con Godoy. Y el profesor, hombre de

fina intuición y de amplísimos saberes, con retranca galaica, se sonreía, y me decía: «¡Pero Carlos Seco dice que no!». Ahora bien, una cosa es reducir el reinado de Carlos IV a supuestas intrigas de alcoba entre el favorito y la reina, y otra bien diferente es explicar asuntos de la mayor importancia teniendo en cuenta este factor, sin el que no se comprende la *suerte* de nuestro protagonista. Tan bajo había caído la gobernanza del Estado.

En Sevilla he contado con el estímulo de Javier Lasarte, catedrático de Derecho Financiero y preocupado desde hace muchos años por la historia de la hacienda en tiempos de Saavedra. Aunque se considera «historiador de secano», conoce bien la historia de esa época, y ha escrito libros importantes sobre la Hacienda, antes y después de las Cortes de Cádiz. Es tan entusiasta de Saavedra como Luis Navarro, y cuando le hablo de mis hallazgos, incluso en materia hacendística, lo considera como un hombre superior. Está perfectamente de acuerdo conmigo en que Sevilla no ha dado una figura de su talla desde los tiempos del conde duque.

Mucho me he alegrado de que mi amigo Antonio Elorza haya vuelto a su *premier amour*, y haya escrito recientemente dos libros en que se advierte la relevancia de Saavedra: *Un juego de tronos castizo. Godoy y Napoleón: una agónica lucha por el poder* (Alianza, 2023) y *El Redentor de la Monarquía. Anatomía del epistolario de Manuel Godoy y María Luisa de Parma* (Cinca, 2023). Está de acuerdo conmigo en que la figura del ministro sevillano es clave para desvelar muchas cosas ignotas todavía del reinado de Carlos IV, trascendental para conocer el devenir de nuestra historia en los años siguientes, con el tránsito del Antiguo al Nuevo Régimen.

Con Eduardo Garrigues, interesado especialmente por Bernardo de Gálvez, el gran amigo de Saavedra, he hablado ampliamente en varias estancias en Puerto Rico, cuando era cónsul de España, y en México. Me ha invitado a hablar de Saavedra en unas jornadas organizadas en Macharaviaya (Málaga), la patria chica de los Gálvez, en donde participó también Luis Navarro, el gran experto en el jefe del clan, el ministro José de Gálvez, el protector de Saavedra. De gran utilidad me ha resultado su libro *Norteamérica a finales del siglo XVIII. España y los Estados Unidos* (Marcial Pons, 2008).

No quiero dejar de mencionar también mi agradecimiento a Óscar Medel, director de *La Aventura de la Historia*, quien, cuando en 2019 se cumplía el centenario de la muerte de Saavedra, puso a mi disposición las páginas de su revista para trazar una semblanza del ministro, y, por lo menos, sembrar un grano de mostaza que sirviera de recuerdo en la efeméride.

En Sevilla he hecho buenos amigos con motivo de mi investigación en el Archivo General de Andalucía (AGA), donde se encuentra la documentación que las hijas de Saavedra, a la muerte de este, aportaron en diversas fechas para solicitar ayuda al rey para paliar la situación de estrechez económica en que se encontraban. Estos documentos, que tienen un gran interés biográfico, están incorporados al archivo familiar de los Arias de Saavedra. Joaquín Rodríguez Mateos, su antiguo director, me proporcionó el Catálogo del *Fondo de los condes de Gómara y de la Familia Arias de Saavedra* (Sevilla, 2001). En el Archivo, Antonio García –que es de esos archiveros que conocen todos los vericuetos de la documentación– me ha ayudado de una forma entusiasta y efectiva que pocas veces he conocido en mis investigaciones en archivos españoles y extranjeros. Lo mismo que la archivera Mercedes Conradi, a quien debo el descubrimiento de la presunta hija natural del bueno de don Francisco. La bibliotecaria del Archivo, Chari Pérez Vargas, puso, igualmente, a mi disposición los fondos de la biblioteca con una amabilidad inusual en el gremio.

Last but not least, quiero citar a José Antonio Parejo, antiguo alumno, profesor de Historia Contemporánea en nuestra universidad y director de *Andalucía en la Historia*, que ha estado presente en todos los momentos de la redacción de este libro, desde la firma del contrato en el Centro de Estudios Andaluces hasta los detalles últimos. Debo mucho a su comprensión, y a su muy agudo discernimiento crítico en materia historiográfica.